

Sacrificio

Elite.

Alberto era panadero de oficio y pobre de condición. De noche se cocía en la tahona y de día no podía dormir de calor. Tenía el gesto brusco, mirar de idiota y el genio huraño; sus amigos decían que estaba "quemado". No en el horno, ni en su ranchito de latas, a pesar del calor.

Dicen que antes no era así. Su acritud de genio venía de pocos años atrás; desde que murió Jacinta, su esposa. Al regresar de un trabajo en la madrugada –¡maldito oficio!– la halló blanca y sin vida, como dormida, en su lecho. Sus hijos dormían el sueño de la inocencia. El médico certificó que fué un ataque al corazón. ¡Si sabría él que aquel corazón reventó de cariño! Le dejó cinco hijos. El mayor tenía siete años y el menor unos pocos meses. ¡No sabían aquellos hijos suyos lo que se perdían con haberse ido su mamá al cielo!

Y para reemplazarle vino Mercedes.

Fué un alivio para Alberto y una bendición para sus hijos. Mercedes era la mayor de las hermanas del panadero, y la más dulce, la más buena. ¡Por qué resultará siempre castigada la bondad! Y era fea. De esa fealdad que proclaman los hombres como con asco. Acaso ese desprecio le hizo buena. ¿Valdrá la pena ser fea como Mercedes?... Era pequeña, contrahecha y seca, como el pabito de un cabo de vela; insignificante como cosa que se retira porque no sirve, y a la que se recurre en casos de apuro.

Y en el ranchito vivían Mercedes, Alberto y sus cinco hijos.

Mercedes era una beata de Misa diaria y Comuni3n frecuente. no perdía novena, rosario, serm3n ni oportunidad de ganarse una indulgencia. Este celo se acentu3 con la muerte de Jacinta y Alberto se lo agradecía en silencio. El nunca se preocup3 mucho de "cosas de iglesia", pero creía rendir un homenaje a su mujer asistiendo algunas veces a Misa. Los domingos en la madrugada, cuando salía de trabajar, entraba furtivamente al Templo, se recostaba sobre una columna en la oscuridad y así permanecía una hora rezando a su manera y haciendo lo que hacían los demás. A aquellas horas tempranas de la mañana la iglesia solía estar casi vacía, siempre las mismas ancianas de luto riguroso, como si ya estuvieran amortajadas, y los mismos viejos de bast3n, arrugados, arrastrando sus pies sobre el embaldosado desigual del piso. Su cuerpo tiritaba de frío y de cansancio, pero se sentía feliz. Feliz de... ¡no sabía de qué!, pero llegaba a casa de mejor humor y en la tarde sacaba a pasear a sus hijos. Mercedes quedaba en casa. ¡Había tanto que hacer! Les veía bajar por el sendero hacia la ciudad y cuando desaparecían en la revuelta del camino ella volvía a zurcir, poner petachos y agotar recursos de ingenio para estirar el pobre jornal de Alberto, que no daba para comer.

La cena era la única comida que hacían juntos. En la madrugada, Alberto besaba a sus hijos dormidos y se acostaba. Almorzaba solo a media tarde y cenaba con sus hijos antes de ir a trabajar.

– Mercedes... ¡Mercedes!...

– ¡Voy!... Qué quieres –dijo entrando en la cocina.

– ¡Dónde está Albertito!

Era un tono duro, áspero, como de reconvención. Había oscurecido...

Hacia unos días que Mercedes inició al niño como monaguillo en la Parroquia. Dn. Feliciano, el párroco, estaba muy contento con él. Era muy avisado, voluntarioso y recitaba ya, con orgullo, algunos latines. Esto halagó a Alberto y con pueril suficiencia de padre contó a sus camaradas lo que había del prodigioso talento de su chico. Sus amigos se chancearon toda la noche de su beatería. Al principio él se rió también; pero la maldad que llevaban las risitas de sus amigos caló en Alberto y aquella noche riñó con todos. En casa también hubo un gran disgusto y cuando llegó Albertito, mediada la cena, se le prohibió volver a la iglesia sin el consentimiento de su padre. Mercedes lloró aquella noche y Albertito quedó sin cenar. El panadero se presentó al trabajo con aire desafiante y bravucón, como para desmentir su pretendida mojigatería. Desde entonces dejó de ir los domingos a Misa, de salir por las tardes con sus chicos y comenzó a frecuentar más el botiquín de la esquina... Mercedes lloraba en silencio y su arrugada insignificancia bajaba todos los días del cerro para asistir a los oficios de la Parroquia.

Muchas veces se cruzaba en el camino con su hermano, en las tempranas horas de la mañana. Algunas veces se paraban a hablar un ratito. En otras se cruzaban un simple saludo y alguna recomendación de Mercedes: "Allí te dejé el desayuno. Acuéstate enseguida, tienes mala cara"... Alberto gruñía algo y seguía hablando solo, compadeciendo a su hermana y culpando de todo a su beatería. Y seguía bebiendo a costa de su escaso jornal. A veces Mercedes le encontraba a su regreso bebiendo en el botiquín. Ella no se atrevía a cuestionarle, pero siempre tenía un reproche mudo cuando volvía a media mañana. "Tengo sed, ¡oíste!, tengo sed"... "Y no me vengas con l...". Una vez llegó hasta a amenazarla. Mercedes seguía en su mutismo lleno de dolorosos reproches.

Un día llegó hasta su casa sin cruzarse con ella en el camino. No se detuvo en el botiquín. Entró en la cocina, pobre y limpia, y pasó un poco alarmado la pieza donde dormía su hermana. "Voy a levantarme ahora. No me siento muy bien"... Y con gesto cansado, con una palidez cadavérica en su rostro enjuto y feo, Mercedes trajinó en casa todo el día. Alberto llegaba en las mañanas con cierta ansiedad. Ya no se encontraba con ella en las mañanas y le veía consumirse en el ranchito como planta que no recibe luz. Trató de estar de mejor humor, de ayudarla y su hermana le pagaba con una sonrisa triste, de mártir.

– Hoy hablé con Dn. Feliciano –dijo Alberto durante la cena, dirigiéndose a su hermana–. Le prometí que mandaré mañana a Albertito a ayudar a misa...

Brillaron de alegría los ojos de Mercedes. Hizo algunas recomendaciones al niño, y siguió comiendo sin decir nada a su hermano.

Al día siguiente Dn. Feliciano llegó acompañado de Albertito a casa del panadero y conversó durante un buen rato con Mercedes. Esperó a que se despertara Alberto y éste acompañó al sacerdote en su regreso.

El panadero estuvo taciturno durante la cena y al despedirse para ir a trabajar sorprendió a su hermana dándole un beso, y abandonó la estancia como avergonzado de mostrarse tan débil.

La madrugada era fría y húmeda. Con el cuello de su saco levantado y las manos en los bolsillos, Alberto caminaba a prisa. Le escocía la frente y la cara toda. El sudor del horno iba evaporándose con el frío y la harina blanca iba formando coágulos blancos que le dolían como heridas. Era el pan amargo de sus desventuras. Entró en el templo. Fué a la sacristía. Allí no estaba Don Feliciano. "Salió a atender un enfermo a media noche", le dijo el sacristán.

De la pobre pieza del ranchito salían aires lastimeros de los niños mezclados con monótono rumor de plegaria. Alberto no tuvo valor para entrar. Sentado, con las manos en la cabeza, esperó a que saliera Don Feliciano... Tampoco pudo auxiliar a su hermana. La hermana del panadero, la más dulce, la más buena...